

## LA IGLESIA DE LOS LLAMADOS POR CRISTO PRO-VOCA

### RESUMEN

En este artículo, Mons. Osvaldo Santagada introduce el tema del ministerio sacerdotal y la pregunta acerca de su significado en tiempos de cambio. Desde su experiencia de 49 años de vida sacerdotal, el autor presenta sus aportaciones para renovar la vida teológica, sacerdotal y eclesial, mediante sugerencias espirituales e interrogantes reflexivos. La riqueza de las fuentes que evoca y su sabiduría propia conducen al lector por los temas de la fe, la oración y el amor, la comunidad cristiana, la voluntad de Cristo y algunas orientaciones para construir una cultura vocacional que sólo puede brotar del amor cristiano y nutrirse de la unión con Cristo.

*Palabras clave:* Orden Sagrado, santidad, vocación, amor a Cristo.

### ABSTRACT

In this article, Monsignor Osvaldo Santagada introduces the topic of priestly ministry and the question about its meaning in changing times. From his experience of 49 years of ministry, the author presents his contributions towards a theological renewal of priestly life. The wealth of sources that the author evokes and his own experience lead the reader through the topics of faith, prayer, love and the place of the Christian community in the life of a priest.

*Key Words:* Sacred Order, Ministry, Holiness, Vocation, Love for Christ.

### 1. Las experiencias: el ministerio presbiteral ¿vocación o profesión?

El ministerio: ¿qué es: una vocación o una profesión? En los años 60 ya se estaba gestando en la Iglesia un cambio en la figura sacerdotal que fue avanzando inexorablemente y que ahora ha tocado el alma de muchos

sacerdotes. Ese cambio es la experiencia de haber pasado de ser los padres espirituales de una comunidad, amados y contenidos por los suyos, a ser los profesionales para servicios religiosos, cada vez más solos, con mínimos lazos afectivos por parte de la comunidad concreta a la que uno es asignado. Lo mismo ha sucedido con otras vocaciones: las maestras/os y los médicos.

A eso ha contribuido en gran parte la visión de los obispos y presbíteros como jefes de una empresa, con consejeros, comités, organigramas, planificaciones diocesanas, vicariales, decanales y parroquiales.

Además, al sacerdote que está solo en una comunidad, se le presentan los casos más complicados, como si fuera un terapeuta, o bien la gente va directamente a los profesionales de la psicología, o de la medicina psiquiátrica.

Todo eso nos ha dejado solos: ministros de un mundo en caos, ministros de una generación que ha perdido la memoria cristiana y la conciencia histórica, y por eso ya no conoce la lengua materna de los cristianos, ministros de gente sin raíces, ministros de hombres sin esperanza, ministros maternales para mujeres piadosas. Así nos convertimos en sanadores heridos.<sup>1</sup> Estamos heridos en lo más profundo de nuestras almas, porque pertenecemos a una generación sin padres, en donde las bellas declaraciones de que somos hermanos y formamos una familia, es cada día desmentido por el individualismo que ha penetrado en la Iglesia, y además los fieles no quieren padres viriles que recuerden las normas morales y establezcan los límites, sino sacerdotes maternales, lo cual plantea un problema que excede el cometido de este trabajo.<sup>2</sup> Para nuestra generación resulta solamente literario el adagio de la antigüedad cristiana: cuando viste a tu hermano, entonces viste a tu Señor.

La conciencia de que nuestra vocación es comulgar con Dios<sup>3</sup> y también es por naturaleza vocación al apostolado<sup>4</sup> nos haría miembros verdaderos y vivos del Cuerpo de Cristo, llevaríamos en nosotros esa bondad que el Señor manifestó a los necesitados de amor, pues en cada

1. Ver H. J. M. NOUWEN, *The Wounded Healer. Ministry in contemporary Society*, New York, Doubleday, 1972, passim.

2. Ver E. DREWERMANN, *Kleriker. Psychogramm eines Ideals*, Olten, Walter Verlag, 1989, passim.

3. Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA [CICA], 27.

4. Cf. CICA, 863.

uno de los miembros de su Cuerpo, veríamos al mismo Señor. Cuando el pie se clava una espina, ¿dejarán de interesarse los ojos? Al contrario, vemos que todo el cuerpo se interesa. El hombre se sienta, dobla la columna y busca la espina que se ha clavado en su pie.<sup>5</sup>

Esa es la razón honda por la cual hace cincuenta años al obispo y al presbítero –los sacerdotes– se los amaba como eran, y no se pretendía que fueran simpáticos.

Esa falta actual de amor al ministerio sacerdotal de parte de los católicos ha tenido sus dramáticas consecuencias, como las tuvo en otras épocas cuando los sacerdotes eran temidos u odiados, aunque no queremos generalizar ni sobre ahora, ni sobre antes. Se han enfermado nuestra fe y nuestra esperanza, y entibiado nuestra propia caridad:<sup>6</sup> nuestro corazón ha dejado de estar integrado en un suave amor a sí mismo, y hemos formado parte de los *membra disiecta*. Nos hemos contagiado y enfermado. ¡Ya no buscamos ser uno con Cristo!

La cuestión que nos *provoca*<sup>7</sup> y *desafía* es ésta: un cuerpo sano supera la enfermedad y el miembro enfermo se sana o es eliminado como foco de contagio. ¿Qué sucede cuando el cuerpo está enfermo y no se da cuenta? Únicamente lo muestra en el desánimo, el desentendimiento del prójimo, y la carencia de amor.

Quiero plantear esta pregunta que brota de mi experiencia de 49 años de ministerio en la Iglesia Católica: ¿qué debería ocurrir para que esta cuestión se solucionase?, ¿qué podemos hacer como comunidad católica para no quedarnos escondidos en un rincón, y asumamos lo que se está gestando, y comencemos a realizar un cambio?, ¿cómo volver a convencernos que nuestra indiferencia mancha a la comunidad?, ¿cómo salir de nuestra pasividad?

Un niño romano se pasaba horas mirando a un extraño joven que trabajaba sin parar. Al fin, el niño preguntó: *Signore, ¿por qué se dedica a golpear y golpear esa roca?* Miguel Ángel lo miró contento y respondió: *Porque dentro de ella hay un ángel y quiere salir.*

5. Cf. SAN AGUSTÍN, Comm. in Ps. 130, 6.

6. CONFERENCIA EPISCOPAL DE BÉLGICA, "Dios ha querido darnos un gran ánimo" (Heb. 6, 18). "Carta de estímulo a los sacerdotes". 25 de enero de 2007. [Publicada por la arquidiócesis de Madrid].

7. El verbo provocar tiene varias acepciones negativas y algunas positivas. Nos interesa *provocar* cuando significa "causar en alguien cierta reacción espiritual", "llamar a la acción", "desafiar", "sacar del sueño", ver MARIA MOLINER, *Diccionario del uso del español*, II, 872, 1ª col., in fine.

La Iglesia es el edificio cimentado sobre Cristo, la roca.<sup>8</sup> Vamos a soñar despiertos y golpear fuerte para que salga el ángel, y evaluar luego haciéndonos preguntas.

## 2. Conocer lo bueno para actuar bien

La Iglesia nos provoca cuando nos saca del sueño. Despertarse es un estado dinámico lleno de elementos: sensaciones, recuerdos, anticipaciones, sentimientos, percepciones, movimientos. Hemos estado dormidos con la tranquilidad de que Dios manda ministros a la Iglesia como envió maná a los israelitas en el desierto.<sup>9</sup> En un sentido es cierto que la gracia de Dios no dejará a su iglesia sin ministros, como rezamos en la oración colecta de la Misa por las vocaciones consagradas: Tú que llamas a muchos.<sup>10</sup> Es cierto, además, que la gracia de Dios, vocación a la vida eterna sobrenatural, depende completamente de la iniciativa gratuita de Dios: Él solo puede darla. Supera la capacidad de la inteligencia y la voluntad, de cualquier creatura.<sup>11</sup> Sin embargo, debemos despertarnos, porque la actitud que hemos tenido hasta ahora no sirve. Han cambiado las generaciones y ha cambiado la sociedad. *Queremos que Dios llame, si bien nosotros ya no llamamos a nadie.* La meta es exacta: Dios llama, aunque lo hace por medio de nosotros.<sup>12</sup>

Debemos prestar mucha atención para darnos cuenta de que no estamos obteniendo nuestro objetivo. Dios sigue disponible, aunque la comunidad católica se ha cruzado de brazos y, a lo sumo, piensa que los curas sacarán a la Iglesia del atolladero, si bien no ha captado que los mismos curas estamos *tibios* o tan *ocupados* en nuestras *empresas* que ya no damos el ejemplo de santidad que puede mover a niños y jóvenes a querer seguir tanto la primera vocación, la de seguir a Jesús,<sup>13</sup> como las vocaciones a los ministerios, oficios y tareas, o a la vida consagrada.

8. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 6d.

9. Ex. 16, 31.

10. MISAL ROMANO, Misas por diversas necesidades, 11.

11. CICA, 1998. Ver 1 Cor. 2, 7-9.

12. En efecto, la teología católica afirma que Dios actúa normalmente mediante las causas segundas, y extraordinariamente mediante los milagros que Él mismo hace.

13. Mt 10, 37.

Hoy la Iglesia nos provoca a ir cambiando la forma de actuar. Para eso hay que hacer un gran esfuerzo *por entender* lo que pasa, para unificar las experiencias, para relacionar los datos del país con sus experiencias. De ese gran esfuerzo nacerán ideas nuevas que complementarán la experiencia sobre vocaciones y consagraciones; nacerán correcciones al modo con el cual miramos al mundo y a la condición humana. La comunicación con otros en las Jornadas de reflexión nos permite advertir las señales pequeñas y *cruciales*, que la entera Iglesia está buscando. Para conocer esas señales hay que aumentar los filtros que nos permitan conocer o darnos cuenta de nuestros *errores*, comenzando por dejar el exceso de planes, que se suman a las otras obligaciones canónicas.

La comunidad católica es sanamente provocada cuando cada uno se interroga por qué está desanimado, por qué no llama a nadie, cuando en cada uno nacen dudas, sospechas, reflexiones; cuando cada uno ordena sus ideas, reúne elementos que desconocía, sopesa las evidencias que provienen de los especialistas, superiores de seminarios y conventos, grupos de consagrados, padres de familia de los niños y jóvenes de hoy, varones y mujeres preocupados por el futuro de la Iglesia y del cristianismo.

Es posible que lleguemos a hacer el juicio –probable o cierto– de que lo que estamos haciendo no funciona, que la situación no es así, o es peor de lo que imaginábamos. Entonces, Cristo saldrá a nuestro encuentro para decirnos: *Hagan otra cosa; Dejen eso que no sirve; Es inútil ir por ese callejón sin salida.*

Ahora empieza la etapa más importante: debemos deliberar sobre todo lo anterior, volver a visualizar las experiencias, mirar de nuevo a la época, los edificios, los hábitos; evaluar lo que ha sido inoperante hasta ahora; reflexionar sobre los jóvenes ministros que dejaron el ministerio poco después de las Órdenes, o la consagración poco tiempo después de sus votos públicos o privados; analizar cuánto hemos amado *la comunión de la Iglesia*, ese Cuerpo de Cristo del cual formamos parte y al cual hay que servir con entrega santa, orante y sacrificada. “No hay que perder la consciencia sapiencial de la teología especulativa y de su función auténticamente pastoral en la vida de la Iglesia”.<sup>14</sup>

Luego hay que decidir algo distinto, hacer otra cosa, cualquier otra, tener varias opciones para actuar. Recuerdo que el cardenal Juan C.

14. H. AGUER, “Comentario al Documento de Quito, 1984”, en O. D. SANTAGADA (ed.), *Seminarios para América Latina*, Bogotá, OSLAM, 1986, 22.

Aramburu, 9º Arzobispo de Buenos Aires, frente a las exigencias académicas de la Facultad de Teología que algunos alumnos no podían alcanzar, decidió que algunos de nosotros enseñáramos teología a unos seis o siete jóvenes, buenos, animosos, pero sin la posibilidad de lograr un grado académico ¡Fue una movida espeluznante en esos años 1968-1972! Dejó de hacer lo que se hacía siempre y obtuvo su meta con creces. Hubo que aceptar que cuántas más opciones hay, tantas más ocasiones de éxito. El camino de Dios no es una autopista recta: a veces va en zigzag. Aunque quisiéramos un río recto, el río tiene meandros y dificultades que hay que superar con agudeza.

Por eso, en la comunidad católica, necesitamos quienes salgan de su egoísmo e individualismo y sean principios de buena voluntad, gente benigna, colaboradores genuinos, cristianos preocupados por la santidad del Cuerpo de Cristo, creyentes que sepan amar intensamente a Cristo, a sus padres en la fe, y a sus hermanos. En una palabra, estaremos motivados por lo realmente *bueno*, por lo santo, por lo heroico, por la responsabilidad y por el amor de Dios que nos hará brillar.<sup>15</sup>

### 3. Entrar en un estado personal de abnegación y oración

Cada creyente forma parte de un Cuerpo, el Cuerpo de Cristo. Formamos con Cristo una sola cosa, de modo que nunca somos *católicos por nuestra cuenta*. Hoy se escucha a menudo la frase: *Yo soy católico a mi manera*. Indica que no necesitaríamos estar en comunión con los demás y que bastaría que cada uno, de modo solitario, pusiera de vez en cuando algún acto *religioso*.

Por el contrario, el auténtico seguimiento de Cristo nos impulsa a vivir *enamorados*. ¿Qué significa esto? No significa algún acto de amor, ni siquiera una serie de actos de amor, sino mucho más. Vivir enamorados es estar en un estado dinámico que moldea todos nuestros pensamientos, deseos, sentimientos, juicios, decisiones y actitudes. Este estado dinámico de amor se refleja en nuestros pensamientos, hechos y omisiones.

Así viven enamorados quienes se han prometido fidelidad en el matrimonio entre un varón y una mujer, y no desaparece el amor cuando la

15. Para este tema puede leerse con provecho el artículo de B. LONERGAN, "The Response of the Jesuit", en W. RYAN AND B. TYRRELL (ed.), *A Second Collection*, Philadelphia, Westminster Press, 1975.

llegada de los hijos convierte la intensidad del amor en extensión del amor. Además, se puede vivir en el amor al prójimo, al suelo patrio, a los conciudadanos, al bien común. Esa vida de amor, si fuera necesario, se arriesga a morir cuando está en juego el sacrificio por los demás. Los santos que han vivido en la abnegación y los mártires actuales son ejemplos vivientes de ese amor trascendente: ellos han vivido *el amor de Dios*. San Pablo afirma a los cristianos de Roma: “Por el Espíritu Santo que nos ha sido dado, el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones”.<sup>16</sup>

Por lo tanto, el amor de Dios es un regalo tan preciado que parece imposible vivir como cristianos, reduciendo la fe y la esperanza a algunas súplicas para obtener algo *sin relación a la comunidad*. Por eso, el mismo san Pablo en la misma carta se pregunta:

“¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La persecución? ¿El hambre? ¿La desnudez? ¿Los peligros? ¿La espada?”. [Y responde con entereza:] “Estoy convencido que ni la muerte, ni la vida, ni ninguna criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en nuestro Señor Jesucristo”.<sup>17</sup>

El amor de Dios es un regalo que recibimos: no se consigue por las propias fuerzas. Llega silenciosa y secretamente a coronar nuestra fe. Por eso, la vocación es al mismo tiempo doble: posee un aspecto exterior –Jesús llamando a Pedro a seguirlo, o el obispo llamando a un joven al Orden Sagrado– y un aspecto interior, que es un instinto espiritual por el cual Dios mueve nuestro corazón hacia El, hacia un ideal sacerdotal.<sup>18</sup> Solamente nos damos cuenta que hemos entrado en ese estado de enamorados por los resultados que vemos en nuestra existencia. Nada –sean dificultades, traiciones, dolores, enfermedad, trabajos duros, esperas pacientes, postergaciones– nos saca de esa profunda sensación de plenitud, lo más intenso del espíritu humano. Experimentamos ese amor de Dios en la paz del alma, una serenidad que no viene de terapias humanas ni de fármacos. Lo experimentamos también en la serena alegría que se mantiene en nosotros pese a privaciones, humillaciones, menosprecios, fracasos. Cuando los demás agrandan las crisis, el amor de Dios nos da mejores argumentos para “*dar razones de nuestra esperanza*”.<sup>19</sup>

16. Rm 5, 5.

17. Rm 8, 35.38-39.

18. Ver PIERRE-MARIE GY, OP, “«L’Ordre», en *Initiation théologique par un groupe de théologiens*”, t. IV: *L’économie du salut*, Paris, Cerf, 1954, 701-737.

19. 1Ped 3, 15.

Quien vive en ese estado de amor de Dios –como tiene la experiencia de la plenitud– enseguida reconoce los diferentes modos de la ausencia de ese amor: 1) la reducción de la vida humana a lujuria; 2) la búsqueda frenética y violenta de objetivos materiales, enmascarados con ideologías persuasivas; y 3) la desesperación de quienes consideran esta vida como absurda.<sup>20</sup>

Este don altísimo del amor de Dios es el fundamento de la fe verdadera. Por eso, San Pablo explica a los cristianos de Galacia que para quienes han sido liberados por Cristo, lo único que tiene valor es *la fe que actúa a causa del amor*.<sup>21</sup> Cuando la fe no está moldeada por el amor de Dios es una fe “sin forma”<sup>22</sup> y no la considera un don de Dios, porque esa fe posee una deformidad que no puede atribuirse a Dios.

El amor de Dios es *el horizonte* desde donde se divisa la totalidad de la vida. La fe es el ojo de ese amor. La esperanza es la seguridad de que ese amor de Dios no dejará incompleto lo que comenzó en nosotros y lo llevará a la perfección de la santidad, para la cual fuimos creados. Ese amor de Dios se muestra tanto en los grandiosos actos de santidad que hicieron los mártires de los primeros siglos, en las magníficas experiencias de ascetismo que realizaron los eremitas y sus discípulos, en la extraordinaria pobreza que vivieron muchos medievales y que plasmó en las órdenes y congregaciones religiosas, como además en la simple y concentrada atención a Dios que es la oración, y también en la abnegación y el sacrificio de la propia voluntad. *Oración y abnegación* son para quienes nos observan las señales del don del amor de Dios. Por eso, San Pablo dice: “Aunque entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, no me sirve de nada”.<sup>23</sup>

¡Qué pena que al amor de Dios, a su Agape, los mismos creyentes respondan con indiferencia, con desdén, o con odio! Sin embargo, Dios no desiste de atraernos hacia sí, ofreciéndonos su Alianza. Dios es fiel a su amor y a su promesa. La *prueba terrible*<sup>24</sup> de la fidelidad es que por la Sangre de su Hijo, muerto a traición, Dios conserve su fidelidad a la Iglesia ¡El amor de Dios es insondable!<sup>25</sup>

20. Ver B. LONERGAN, “The future of Christianity”, en RYAN; TYRRELL (ed.), *A Second Collection*.

21. Gal. 5, 6.

22. Santo Tomás la llama *fides informis*: *Summa Theologiae* II.II., q.6, a.2 Resp.

23. 1Cor 13, 3.

24. Ex. 34, 10.

25. Ver T. SCHNEIDER OSB, *Mysterium der Ekklesia. Von der Gemeinschaft aller Erlösten in Christus Iesus. Aus Schriften und Vorträgen Odo Casels*, Mainz, Grünewald, 1961, 90.



#### 4. El amor de Dios se manifiesta en la comunidad

El gran equívoco de nuestra época es considerar a la oración y a la abnegación como *medios* y no como fines. La oración y la abnegación son el lenguaje del Espíritu Santo en nosotros. El sacerdocio –obispo y presbíteros– es el portador del Espíritu Santo.<sup>26</sup> Por eso, no podrá existir y sobrevivir la comunidad de los llamados sin la oración y la abnegación. Así fue desde el principio. El hecho de que hoy haya tibieza en los ministros, y en las comunidades, se debe a que hayan dejado su principal vocación: *la vocación a la santidad y a la oración*, que es un acto continuado de amor, de honor y de gloria al Padre. “Cuando se habla de escasez de clero se enumeran varias causas (...) También es necesario ver que muchos presbíteros perdieron el sentido de su identidad y dejaron de ser modelos de santidad”.<sup>27</sup> La oración es amor. Actualmente se separa la moral de la verdad, la acción del ser. Por ese motivo, ya no se ama a los sacerdotes, sino se busca sólo lo que hacen y los sacerdotes, a veces, lo pagan comportándose como hacen muchos funcionarios públicos.

Con respecto a esto dicen los obispos de Bélgica:

“En nuestra época, existe la tendencia a relacionar la identidad de alguien con lo que hace. Sin embargo, la identidad del sacerdote viene *por lo que es* antes de *por lo que haga*. Los sacerdotes hacen presente a Cristo en la Iglesia. Con los fieles son miembros del Cuerpo de Cristo, y para los fieles y frente a ellos, representan a Cristo Cabeza. Y aunque la cabeza no está separada del cuerpo, no coincide con él. Este *estar en relación* determina el obrar del sacerdote. Cuando habla en cuanto sacerdote, lo hace con la autoridad de Cristo: es evangelizador y predicador más que orador o conferenciante. Cuando celebra puede hacer suya la palabra de Cristo y pronunciarla: no sólo habla en Nombre de Cristo, sino Cristo habla a través suyo: *Esto es mi Cuerpo*. Es el celebrante, no el animador. Cuando es cabeza de la Comunidad, lo hace con la autoridad pastoral que Cristo le confiere: es un Pastor y no un simple líder.

“El sacerdote, por tanto, está revestido de Cristo, es portador de su Espíritu Santo. No es ajeno a la debilidad, ignorancia y error, ni tampoco al pecado. Por eso, su sacerdocio no es un título de honor, o un cargo de poder que reivindique como propio, sino una carga pesada que lleva sobre su espalda”.<sup>28</sup>

26. Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL DE BÉLGICA, “Dios ha querido darnos un gran ánimo” (Hebr. 6: 18), 16.

27. G. VÍCTOR, “Comentario al Documento de Punta de Tralca, 1984” *sobre* Situación y tareas de la Teología Espiritual Sistemática, en SANTAGADA (ed.), *Seminarios para América Latina*, 32.

28. CONFERENCIA EPISCOPAL DE BÉLGICA, “Dios ha querido darnos un gran ánimo” (Hb 6: 18), 29-30.

El futuro de la gran comunidad católica está vinculado a la calidad de la oración y la abnegación tanto de los ministros como de cada una de las comunidades. La oración es estar unidos a Jesús: “quien se une al Señor se hace un solo espíritu con Él”.<sup>29</sup> San Pablo establece claramente como es la existencia del cristiano; una existencia necesaria para que la comunidad católica tenga vida:

“Para mí la vida es Cristo; y la muerte una ganancia”.<sup>30</sup> Y también: “Con Cristo estoy crucificado y, vivo, pero no yo, sino Cristo vive en mí”.<sup>31</sup> E incluso: “Ustedes han muerto y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también ustedes aparecerán gloriosos con El”.<sup>32</sup>

Los ordenados para servir a una comunidad no están para planificar, organizar, realizar cosas: todo eso lo pueden hacer otros. Ellos están para orar y ofrecer sus penas: eso requiere tiempo. *El amor exige dar tiempo*. Sí, debemos planificar las horas de descanso junto al Señor que dijo: “Separados de mí nada pueden hacer”.<sup>33</sup> El exceso de actividad es contraproducente para atraer los jóvenes hacia el sacerdocio, porque encuentran ministros acostumbrados a la expresión corriente hoy en día: “estoy muy ocupado”.

Cuando damos importancia a la oración y a la entrega estamos uniéndonos a Cristo, el Esposo. Ese es el distintivo de lo cristiano, no sólo la gracia de Dios que compartimos con muchos otros, sino el testimonio que damos del Misterio Pascual, es decir, de que Dios ha querido entregarnos su gracia, *por la mediación de Nuestro Señor Jesucristo*. Entonces el amor de Dios que proponemos es el amor de Cristo, que nos mostró el amor del Padre.

Hace cuarenta años se proponía un cristianismo sin religión –o sea, sin Dios–. Hoy existe una religiosidad multiforme sin cristianismo y sin Iglesia. Hacia 1954 pasaron, como cosa extraordinaria, en el seminario de Buenos Aires una dramática película francesa *Le defroqué*<sup>34</sup> –que significa el que colgó [los hábitos]–, en la cual un ex sacerdote se atreve a pro-

29. 1Cor. 6, 17.

30. Filip. 1, 21.

31. Gal 2, 20.

32. Col. 3, 3-4.

33. Jn 5, 5.

34. Dirigida por Leo Joannon, con Pierre Presnay como principal actor, en 1954. La traducción aproximada es *El renegado*.

nunciar las palabras de la consagración sobre un jarro de vino, en un bar, para que la gente creyente cayese de rodillas. Terminada la película, hubo una discusión inmediata entre los más avanzados estudiantes de teología y los profesores jesuitas y se dieron dos opiniones: había sacramento, no había sacramento. Hoy sabemos claramente que no era sacramento porque faltaban la *epiclesis* y la *anamnesis* esenciales en la Plegaria eucarística, y porque faltaba la comunidad reunida en asamblea de amor a Dios.<sup>35</sup> Ese es el gran problema que destruye a los ordenados, se sienten fracasados porque tienen que celebrar los sacramentos cuando quienes vienen tienen sólo un cierto interés festivo o sociológico, como sucede en bautismos y casamientos. La vida sacerdotal conoce el fracaso porque nada en este mundo es perfecto. El sufrimiento es parte de nuestra misión. Con frecuencia olvidamos que Cristo es quien sufre esos fracasos. Lo importante es la paciencia.

El don del amor de Dios que nos eleva en Jesucristo y nos transforma interiormente, nunca es un don solitario: desde los antiguos Padres del desierto hasta los actuales linyeras reunidos en la casa de retiro de Luján, necesitan en determinados momentos compartir con los demás creyentes su amor de Dios. Cada uno de nosotros nos unimos a Jesucristo, y en racimo, o como ovejas que buscan a su Buen Pastor. Necesitamos comprender qué sucede en nosotros con este don y a qué desafíos nos *provoca*. Solos no podemos responder. El Cuerpo de Cristo, del que somos miembros, nos sostiene y nos defiende.

En la comunidad cristiana Cristo está presente por medio de su palabra, de su oración, de la persona del ministro, bajo las especies eucarísticas, por su fuerza actuante en el sacramento, por el canto de los salmos.<sup>36</sup> El Esposo se asocia a su Esposa, la Iglesia, para dar *honor y gloria* al Padre. Sin la comunidad cristiana nuestros esfuerzos por vivir una vida santa caerían a la primera tentación. En la comunidad se va gestando lentamente un cambio y un crecimiento de quienes la formamos. La comunidad cristiana de hoy que no *provoca* ese crecimiento, o bien está muerta, o bien la han dejado morir. Nos llamamos unos a otros para despertarnos de la modorra espiritual, de la anemia interior, del olvido del

35. Ver O. D. SANTAGADA, "Una plegaria eucarística sin las palabras de la institución", *Teología* 96 (2008) 353-365.

36. CONCILIO VATICANO II, "Constitución sobre la Liturgia" *Sacrosanctum Concilium*, 7.

amor, de la infidelidad al Dios fiel. No en vano uno de los primeros cantos de la Iglesia es aquel que dice: “Despiértate tú que duermes”.<sup>37</sup>

Con mucha razón la Iglesia ha sido llamada por el Concilio Vaticano II: *el cultivo de Dios*. Dice el Concilio:

“La Iglesia es agricultura o campo de Dios. En ese campo crece el vetusto olivo, cuya raíz santa fueron los patriarcas, y en el cual se realizó y concluirá la reconciliación de judíos y gentiles. El celestial Agricultor la plantó como viña escogida. La verdadera vid es Cristo, que comunica vida y fecundidad a los sarmientos que somos nosotros, que permanecemos en El por medio de la Iglesia y sin El nada podemos hacer”.<sup>38</sup>

Por eso, afirma San Pedro sobre Cristo: “A quien ustedes aman sin haberlo visto; en quien creen, aunque por ahora no lo vean; rebosando de alegría inefable y gloriosa, y alcanzan la meta de la fe: la salvación de las almas”.<sup>39</sup>

¡Qué duro es para un agricultor de buenas tierras ver sus campos quemados por el sol y la sequía! Conocía sólo las fotos de los campos africanos y ahora le toca a él ser crucificado, en una época que tiene muy poca capacidad de resistencia al sufrimiento. El buen agricultor se une a otros, porque sin la fuerza de los vecinos, se acabaría la perseverancia y la esperanza. Así también es la semilla del amor de Dios, que El planta en su campo: necesita cuidado, sol, lluvia, protección de las cizañas, de los insectos devoradores, y de los animales roedores y sobre todo, la hermandad de las otras plantas.

Entre cristianos quizá ya no se pueda obtener afecto de las comunidades a las que servimos –en especial en las ciudades–. Sin embargo, la comunidad de los llamados, acepta ir contra la corriente que rechaza el dolor como algo innombrable, pues acepta la resurrección final. Sólo se acepta el celibato, cuando se cree firmemente en la resurrección de los cuerpos. Aquello otro es incomprensible en la sociedad actual que tapa el dolor y el sufrimiento:

“¿Pero entre hermanos, servidores unos de otros, donde la esperanza, el miedo, la alegría, el dolor y los sufrimientos son comunes, porque también es común el Espíritu Santo que proviene del Señor y del Padre común? ¿Por qué huyes de quie-

37. Ef 5, 14.

38. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia* Lumen Gentium, n. 6c.

39. 1Ped 1, 8-9.

nes caen en las mismas caídas que tú, como si ellos se divirtieran de tus faltas? Un cuerpo que sufre en uno de sus miembros no puede alegrarse; el resto del cuerpo tiene que compadecerse y colaborar por curar al miembro enfermo. En uno y en otro está la Comunidad de los llamados. Esa Comunidad de los llamados es Cristo. Cuando tú te echas a los pies de tus hermanos, tocas a Cristo, ruegas a Cristo. Así como ellos derraman lágrimas por ti, también Cristo sufre, también Cristo ruega al Padre. Y fácilmente se logrará lo que pide el Hijo”.<sup>40</sup>

El fruto del cultivo es el amor puro, cuyo manantial es la cruz. En la cruz, mueren los deseos egoístas y meramente humanos, y como el ave Fénix, de las cenizas de lo humano se levanta el amor divino. Cuando nos contemplamos en nosotros mismos, nos vemos inútiles, separados, sin fuerza, desanimados. Cuando nos contemplamos en Cristo, entramos en *el horizonte* de Dios. Vale la pena negarse a sí mismo para encontrarse unido a Cristo en el Espíritu Santo. Oigamos a San Gregorio Magno, uno de los Santos Padres latinos: “cuando San Pablo iba hacia Roma encadenado, para llamar al mundo al Evangelio, Dios iba con él, escondido en el pecho de Pablo”.<sup>41</sup>

También nosotros necesitamos ser una comunidad de llamados convencidos de que –aunque encadenados por nuestras debilidades, nuestra pereza, nuestro *cansancio*– vamos a llamar al mundo al Evangelio. ¿De qué serviría una comunidad llamada por Dios que a su vez no llamase a otros? Seguramente moriría lentamente. Pues bien, los antiguos usaban una palabra especial para lo que yo denomino *el llamado de la comunidad elegida*: decían *la confesión*. Así San Cipriano escribía a los condenados a trabajos forzados en las minas: “Ustedes también alientan a los hermanos al martirio con las confesiones de vuestra boca”.<sup>42</sup>

En efecto, cada miembro de la comunidad elegida por Dios tiene esta misión difícil: llamar al sacerdocio, explicar el valor de esa cruz, dar ejemplo de seguimiento a Cristo. La comunidad de los llamados debe dejar de comportarse como asistentes a un espectáculo –hoy en día tan frecuentemente van a las iglesias para escuchar sermones *divertidos*– sino como *confesores de la fe*, despreciando lo que no sea pureza evangélica, pobreza de vida y obediencia en el servicio del pueblo. La comunidad ca-

40. TERTULIANO, *De Paenitentia*, 10.

41. SAN GREGORIO MAGNO (540-604), “Moralia” 27:11.

42. SAN CIPRIANO DE CARTAGO (200-258), “Carta a los presbíteros y confesores condenados a las minas”, en SIGFRIDO HUBER, *Los Santos Padres*, Buenos Aires, Desclée, 1946, I, 327, 1.

tólica debe *llamar* al sacerdocio a quienes vea fuertes para no dejarse llevar por la inmadurez, la vanagloria, los aplausos y la ambición, de lo contrario estaría llamando a inútiles para el sacerdocio cristiano y gente destinada al derrumbe de la Iglesia.<sup>43</sup> Nadie daría la responsabilidad de conducir un avión a un pretencioso sin experiencia ni prudencia, porque seguramente no llegaría a destino. Prudencia necesitan quienes llaman y prudencia requieren quienes son llamados:

“Nadie amó más a Cristo que San Pablo, nadie dio muestras de mayor ahínco que él, nadie fue hecho digno de mayor gracia. Con todo, después de tantas prerrogativas, Pablo tiene miedo y tiembla por su poder: *Y me presenté ante ustedes débil, tímido y tembloroso* (1Cor. 2:2).”<sup>44</sup>

## 5. No hay comunidad sin Orden Sagrado, por voluntad de Cristo

Cualquiera de nosotros necesita amigos que lo sostengan, acompañen, corrijan y animen. Los grandes santos son excepciones, e incluso ellos se consideraron a sí mismos como “vasijas de barro”: “Llevamos este tesoro en vasos de barro para que aparezca la extraordinaria grandeza del poder que es de Dios y no viene de nosotros”.<sup>45</sup>

Precisamos que nos enseñen, que nos prediquen, que celebren los ritos de la fe y del culto comunitario: así nos sentimos miembros unos de otros, compartimos con los demás lo más profundo que hay en nosotros; necesitamos que seamos sacados de los callejones en donde nos metemos, o bien que nos animen en los buenos propósitos.

Recordemos aquí unas palabras sabias que nos ayudarán a entender porque la comunidad católica necesita el Orden Sagrado:

“En cualquier forma de vida social y en la sociedad en su conjunto hay dos corrientes invariablemente presentes: una es la *organización* y la otra *la mística* (o idealista). La primera tiende a la *conservación*, el mantenimiento, las construcciones prácticas que perpetúan el orden establecido; la otra corriente tiende a la *renovación*, con una consciencia aguda de las presentes deficiencias y las aspiraciones

43. “Falta crear en los seminarios un estilo de vida recio y generoso”: SANTAGADA, *Seminarios para América Latina, Comentario al III Curso de rectores de seminarios*, 61.

44. SAN JUAN CRISÓSTOMO, “Sobre el sacerdocio”, *I. III, c. 7, n. 1* en HUBER, *Los Santos Padres*, I, 532.

45. 2Cor. 4, 7.

que nos impulsan hacia un futuro mejor. La distinción entre las dos corrientes, la organizativa y la mística, nunca es absoluta, porque están compuestas por individuos humanos. Su acción es un entrelazamiento: una llevando a cabo algo de lo que la otra concibe, aunque se juntan sólo para separarse de nuevo. El conflicto que manifiestan es el conflicto entre lo ideal y su realización sólo parcial; entre la letra que mata y el espíritu que da vida...”.<sup>46</sup>

La sabiduría de estas palabras viene de que no hay distinciones absolutas y simples. La estructura organizativa de la Iglesia necesita ser vivificada por el espíritu interior. Es cierto, que por voluntad de Jesucristo la Iglesia fue servida por ministros desde el inicio. Ésta es *la idea*: para ser asimilada debió integrarse en *la realidad* de las estructuras sociales y culturales de cada época. Porque el sacerdocio cristiano es una vocación que debe ejercerse en una comunidad compuesta de humanos. Por eso, la *imagen* del sacerdote –obispo o presbítero– no ha cesado de evolucionar.

Para no escandalizarnos por esta evolución hay que recordar los dos principios explicados antes: la *idea original*, la semilla, Cristo, posee en virtud de su origen divino tantas posibilidades de *realizaciones concretas* que la Iglesia jamás podrá implementar adecuadamente. De este modo, la inserción *real* en el mundo de *la idea* de Jesucristo –a causa de la presencia del pecado en la Iglesia– está sometida a la inautenticidad, si bien en el marco de la *indefectibilidad* dada por Cristo a la Iglesia en su camino histórico. Cualquier *realización concreta* del sacerdocio sólo trae ventajas para los contemporáneos y desventajas que sentirán las generaciones futuras. Así lo experimentamos ahora sobre algunas *imágenes* sacerdotales de tiempos pasados, que hoy ya no podrían darse. Aunque también nos cuesta hacer la *nueva realización concreta* que necesita nuestra época. De hecho, sería inútil querer comparar cómo era la vida en un seminario hace sesenta años de cómo lo es hoy. Quizá se usa la misma palabra *seminario* y el mismo edificio, aunque la *idea de semillero* –que mantiene su carga positiva de cultivo y cultura de quienes son llamados al ministerio– ha encontrado otras *realizaciones concretas*, y está en el proceso de encontrar otras nuevas. Pues Dios llama sin cesar a la Iglesia a pensar de nuevo y a remodelar su realización de las Órdenes Sagradas según la *idea del Evangelio*.

46. B. BARCLAY CARTER, *Prefacio a Luigi Sturzo*, Chiesa e Stato. Ella fue colaboradora de Don Sturzo durante muchos años y tradujo su obra que se publicó en London, Geoffrey Bles, 1939. Bernard Lonergan cita este prefacio en su artículo “The future of Christianity”, 157.

Además de esa distinción tan útil entre realización e idea, podemos usar también la distinción entre *institución* y *carisma*, que tampoco es absoluta y no opone los dos términos. Es un error y una ilusión querer alcanzar la pura y evangélica *idea de Cristo*. Así lo pretendieron muchos fundadores de congregaciones ya desaparecidas. No existe una *Iglesia carismática* que *prescinda* de lo *institucional* –sólo empresa humana–, sin los diversos *carismas* que el Señor da. San Pablo lo expresa bellamente:

“Hay diversidad de carismas, aunque el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, aunque el Señor es el mismo; diversidad de realizaciones, aunque Dios obra todo en todos. A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu Santo para el Bien común. Pues a uno se le da por el Espíritu una palabra de sabiduría [enseñanza de lo perfecto]; a otro, una palabra de ciencia [enseñanza sobre Cristo], según el mismo Espíritu; a otro el carisma de curaciones, en el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas [glosolalia]; a otro, don de interpretarlas. Y en todos estos carismas obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolos a cada uno en particular según su voluntad”.<sup>47</sup>

El catolicismo actual enfrenta algunas crisis: son signo de que la fuerza de Cristo está trabajando para encontrar *nuevas imágenes* de obispos y presbíteros, incluyendo el oficio de Papa.<sup>48</sup> Para preparar el futuro hay que estudiar cuidadosamente el pasado.<sup>49</sup> Ese estudio nos ayuda a encontrar lo *substancial* y distinguirlo de las partes que han cambiado en el decurso de los siglos, y pueden y deben cambiar, si en ellas se han introducido elementos que no responden tan bien a la naturaleza de la misma Iglesia o han llegado a ser menos apropiados.<sup>50</sup> Sobre los sacerdotes no existe un estudio sintético, si bien algunos intentaron algo.<sup>51</sup> No me corresponde a mí aquí entrar en esos estudios, aunque sí mencionar que la cuestión más urgente es la crisis de autoridad por el ejercicio anacrónico de la misma. Hay cortocircuitos entre el Papa y la Curia Romana y los obispos; entre los obispos y sus presbíteros; entre el clero y los fieles ca-

47. 1Cor. 12, 4-11.

48. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Ut Unum Sint*, 25 enero 1995, 95.

49. Ver O. D. SANTAGADA, “Imaginación y unidad de los cristianos”, en *Torbellino en la Iglesia*, Buenos Aires, Diakonía, 2004, 7-25.

50. Es una paráfrasis de un texto del CONCILIO VATICANO II, Constitución sobre la Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, 21, que habla de la Liturgia, pero que aplico aquí a la Iglesia.

51. X. DE CHALENDAR, *Les prêtres*, Paris, Cerf, 1963. M. HAY, *The Failure in the Far East*, 1956. J. T. ELLIS, *Essays in Seminary Training*, 1967. YVES-M. CONGAR OP, *L'Éclésiologie du Haut Moyen-Âge*, Paris, Cerf, 1968.



tólicos. “Enseñamos lo que somos, no tanto lo que sabemos”. Además, “en la elección de los formadores que se escuchen también a los alumnos y también a los laicos. Los alumnos tienen derecho a opinar y los laicos merecen ese derecho. En el proceso formativo de nuestros seminarios los laicos están muy ausentes”.<sup>52</sup> Esta crisis se resuelve solamente mediante *la conversión del corazón* y un regreso al Cristo del Evangelio.<sup>53</sup> Mientras tanto los términos que se usan van cambiando: en el Ritual del Bautismo no se usa la palabra *celebrante*, sino ministro; en los documentos no se habla más de *potestas sacerdotalis* –poder sacerdotal–, sino de la función sacerdotal.

Este paso de nuestro proceso de comprensión nos ha llevado a aceptar que la presente crisis de las vocaciones, oculta detrás la gestación de *algo nuevo* que podemos atisbar y aún no claramente. Los ordenados son necesarios para realizar el ideal de Jesucristo. Para el modo de *llamarlos o elegirlos* sabemos que la comunidad entera de la Iglesia está hoy involucrada y no puede decir: “Esto no me corresponde”. Para el modo como los *llamados* serán formados según las necesidades de nuestra época, hay algunas experiencias aquí y allá. Una cosa es cierta: se necesitan sacerdotes más complementarios, mejor formados en lo intelectual, la afectividad y el trabajo. Para eso habrá que hallar nuevas *realizaciones concretas* que exigirán cambios en todas las instituciones, para no apagar los carismas.<sup>54</sup>

El Espíritu Santo impulsará a hacer cambios, adaptaciones a las nuevas necesidades, a las nuevas condiciones de vida, a nuevas circunstancias. Esos cambios y adaptaciones en la formación para el ministerio y su ejercicio posterior serán ciertamente una manifestación del amor de Dios presente en la comunidad de los llamados. Sabemos bien que los cristianos logramos los ideales de Cristo solamente de modo imperfecto y vacilante. Eso no significa que debemos abandonar los aspectos de *organización* de la Iglesia. El amor de Dios no nos conduce al individualismo, sino al amor de la comunidad y de sus miembros, sintiéndonos responsa-

52. O. COLLING, “Comentario al IV Curso de formadores de seminarios en Santo Domingo (1985)”, en SANTAGADA (ed.), *Seminarios para América Latina*, 82.

53. El arzobispo actual de Boston desde 2003, card. Sean O’Malley O.F.M., vendió la fastuosa residencia del cardenal B. Law al *College of Boston* en 90 millones de dólares, y se fue a vivir a una casa común.

54. “El proceso formativo es un itinerario de la persona, del cristiano, del discípulo y testigo. Itinerario de la persona (Lc 24, 15); durante el itinerario los hizo crecer en la Fe, sin forzarlos (Lc 24, 25-27); y, al fin, los transformó en discípulos y testigos (Lc 24, 33-35)”: COLLING, *art. cit.*, 82.

bles de ese don divino. El individualismo contemporáneo es estéril y vacío. En cambio, el amor de Dios nos impele a trabajar juntos por el Evangelio. Se nos dice hoy que somos responsables de las vocaciones de niños y jóvenes, cuando estábamos tranquilos de que Dios proveería ministros a su Iglesia. Nos lo dicen proféticamente quienes están oteando *el horizonte* y preguntan: “Centinela, centinela, ¿qué pasó durante la noche?”.<sup>55</sup>

Hemos dado pasos para conocer, juzgar, evaluar y actuar en el tema de la *llamada* a los futuros guías de la comunidad de la Iglesia. Ahora debemos volver atrás e investigar el tema de la *organización* del *ideal* de ministerio: ¿cuánta organización se necesita?, ¿qué tipo?, ¿cuánto tiempo?, ¿de qué formas?, ¿qué formas son inadecuadas?, ¿cuáles son deseables hoy?

Debe quedar claro que los carismas solos, el aspecto místico, no pueden hacer solos a la Iglesia. La realización organizativa no puede ser abolida, porque entonces desaparecería la comunidad cristiana, como sucedió con las sectas *carismáticas* a lo largo de los siglos. Aquí es donde la oración y el sufrimiento se necesitan para implorar a Dios –como insistió la mujer cananea– dones del Espíritu Santo que ayuden en esta nueva tarea a la que somos llamados.<sup>56</sup> El diplomático Richard Maximilian *Dalberg-Acton, second Baron Acton (1870-1924)*, hijo del famoso historiador simplemente conocido como Lord Acton, aconsejaba al historiador Robin George Collingwood (1889-1943): “estudie los problemas, no los períodos”.<sup>57</sup> Eso es lo que han hecho, por ejemplo, los obispos de Bélgica en su carta pastoral a los sacerdotes: no se detienen a analizar la época, ni a describirla en detalle, sino se concentran en el problema de los sacerdotes afectivamente solos, a causa de que su ministerio es ahora hacia los *semi-creyentes*. ¿De qué valdría predicar como si estuviéramos en Corinto, Roma o Antioquía de hace dos mil años? Hay que volverse continuamente a la *idea de Cristo*, sin querer enterrar los problemas reales, que amenazan la existencia misma del cristianismo.<sup>58</sup>

55. Is. 21, 11.

56. En la X Asamblea de la OSLAM (1985) en Zipaquirá (Colombia) aparecen tres dificultades sobre los seminarios: “una formación artificial” (16); una formación paralela” (19); y la deficiencia “en el recto uso del tiempo” (24). Ver O. D. SANTAGADA, “Seminarios para América Latina”. X. Asamblea de la OSLAM, 87-88. Sobre la formación paralela, yo mismo tuve la ocasión de conversar con muchos seminaristas en México, que reconocían en privado que seguían las instrucciones de los sacerdotes que los habían enviado y que fingían atender las de los formadores que tenían.

57. Citado por B. LONERGAN, *Método en Teología*, Salamanca, Sígueme, 1988, 139.

58. *Ibidem*.

La cuestión del *llamado*, la vocación, es de suma importancia, porque cada vez que surjan más problemas en la vida sacerdotal, volveremos a nuestra vocación y escucharemos lo que Dios dice a nuestro corazón. Por eso, hoy es fundamental que los laicos que viven unidos a Cristo se comprometan en el llamado al ministerio para la Iglesia a la que también aman intensamente. Por consiguiente, es de esperar que vuelva a darse aquel amor al sacerdote por *lo que es* –representante de Cristo– y no *por lo que hace*, como hemos explicado antes, y “un mejor acompañamiento a quien ha sido llamado como clave para su maduración integral”.<sup>59</sup>

## 6. Para que haya llamados al ministerio se necesita una cultura vocacional

Actualmente hay que hacer un nuevo esfuerzo dentro de la comunidad cristiana. Consiste en hacer nacer y crecer *personas vocacionales*. ¿Qué quiere decir esto? El creyente debe madurar en su fe de tal modo que sienta personalmente su *llamado* a ser responsable de los demás miembros de la comunidad, incluidos los ministros. El objetivo que debemos tener en nuestra comunidad es que cada católico se haga un miembro vocacional, es decir, un llamado por Dios que a su vez *llama* a otros. Esto es lo que se denomina hoy *cultura vocacional*. Cuando aparezca esta nueva realidad, lo más probable es que aumenten las vocaciones al Orden Sagrado y a la vida consagrada, porque la comunidad y cada presbítero y obispo se harán *lugares vocacionales*.<sup>60</sup>

Esta *cultura vocacional* requiere, ante todo, un *método*. El que es infalible es la calidad de vida cristiana de los presbíteros y demás miembros de la comunidad católica. Cada católico que ha hecho madurar su fe y vive unido a Cristo como hemos explicado antes con palabras de San Pablo, pasa de ser un llamado a *uno que llama*. Ese es el signo de que ha dejado de ser niño en la fe y se ha hecho adulto.

59. J. D. BOTIA, “Comentario al Documento de Lima 1986: III Encuentro latinoamericano de pastoral vocacional”, en SANTAGADA, *Seminarios para América Latina*, 99. Sobre el acompañamiento puede leerse O. D. SANTAGADA, “La animación de la pastoral vocacional”, en *Id.*, “Animación de la pastoral vocacional”, Bogotá, CELAM, 1986, 23-36, esp. 28ss, y también J. E. HERNÁNDEZ NAVEJAS, “¿Cómo acompañar espiritualmente al vocacionado?”, en *ibid.* 65-87, importante por el trabajo sobre el acompañamiento de Jesús a sus discípulos.

60. Ver A. CENCINI, “Una pastoral vocacional en la comunidad parroquial”, Conferencia *ad instar manuscripti*, 2007.

Esta cultural vocacional no tiene nada que ver con la noción clásica de “cultura”, con verdades y modelos inmutables. Es otra cultura hecha de actitudes, gestos, palabras y silencios, proyectos y realizaciones, instituciones, sueños, utopías, arte, escritos, nuevos planteos ¡La “cultura clásica” nunca previó que podría terminar! Eso no significa que haya que aceptar a *la* psicología o a *la* sociología de la actualidad, porque con frecuencia están en completa oposición a la fe cristiana. Es un error común, incluso de los sacerdotes y religiosas, enviar a cualquier persona que presenta un problema al “psicólogo”, o aplicar sin matices los datos de la sociología de hoy. También es un error pensar que ciertas experiencias religiosas o doctrinas deben ser exaltadas sin pasar por la verificación intelectual, moral y del amor de Dios, es decir, lo que Bernard Lonergan denomina “las tres conversiones”.<sup>61</sup>

Hace veinte años un pensador francés publicaba su libro *La derrota del pensamiento*.<sup>62</sup> Podemos afirmar que nuestra época tiene una gran debilidad para pensar. Por eso, los medios de comunicación se dirigen *ex professo* a mentes de doce años. A fin de no *molestar* a nadie, hemos admitido también una falsa neutralidad, como si fuera libertad. Así estamos regando un cultivo que no tiene *significado*.<sup>63</sup> Sabemos que nuestros niños, incluso en escuelas católicas, no reciben ninguna educación y sabemos otras cosas.<sup>64</sup>

Por nuestra parte, los *llamados que llaman a otros* son importantes y deseables. Ellos crean una nueva cultura vocacional en la Iglesia Católica. Estos católicos son ahora imprescindibles para la búsqueda de vocaciones al sacerdocio. Están preparados en la Palabra de Dios, en la fe, en la vida sacramental, y en la oración y la penitencia, en una palabra, en la muestra de su amor a Dios. Son católicos que necesitan ser modelos para los demás y dedicarse a crecer en los tres niveles: intelectual, moral y religioso.<sup>65</sup> Los católicos comprenden ahora que la Iglesia necesita distintas y numerosas vocaciones. Aunque sientan que esta tarea los supera, pues tienen otras responsabilidades, ellos son decisivos para sacar a la Iglesia de esta carencia y de esta crisis.

61. LONERGAN, *Método en teología*, 232-237.

62. A. FINKIELKRAUT, *La défaite de la pensée*, Paris, Gallimard, 1989. La temática es el “males-tar en la cultura”.

63. CENCINI, “Una pastoral vocacional en la comunidad parroquial”, 36.

64. O. D. SANTAGADA, *Presbíteros para América Latina*, Bogotá, CELAM, 1985.

65. Id., *Un viaje hacia lo íntimo*, Buenos Aires, Fundación Diakonía, 2006, *passim*.

La cultura vocacional es una tarea de primera magnitud muy necesaria. Sin esta cultura las comunidades católicas se debilitan y continúa el desánimo sacerdotal. Con este nuevo valor en nuestras comunidades católicas no sólo crecen los fieles en su fe, sino que se animan a *llamar* a otros a vivirla intensamente. Hay católicos valientes que no tienen miedo a renovar la organización de la comunidad, si bien se mantienen unidos a los carismas que el Espíritu Santo reparte a manos llenas entre sus hermanos y hermanas. Por eso, rezamos en la Misa votiva por las vocaciones al Orden Sagrado esta plegaria: *que germinen las semillas que esparces en el campo de tu Iglesia*".<sup>66</sup> Esta convicción exige una preocupación nueva por educarse en la fe –una intensa catequesis con nuevas estrategias– y una especial atención pedagógica a los niños, adolescentes y jóvenes, como indicaba San Juan Crisóstomo en el siglo IV: "Hay que emplear mucha fatiga, atención y estudio en los sermones que tienen los sacerdotes en público, como maestros".<sup>67</sup>

Aunque difícil, es necesario tener el arte de ayudar a los jóvenes a sacar afuera su verdad, y proponerles un ideal de vida, porque no puede descubrirse cuando Dios llama si antes no se limpian los miedos, las preocupaciones, las distorsiones y los equívocos. Este es un trabajo paciente, humilde y perseverante, hecho de austeridad, coherencia y amor. Igual que se cultiva la salud, la higiene, el cuerpo, el descanso, y las relaciones sociales, esta cultura vocacional es el nuevo gran valor que –en este momento– podemos presentar.<sup>68</sup>

*La Iglesia no está sólo para asegurar servicios sacramentales esenciales.* Es responsable de estar presente en la sociedad, en los ámbitos de la cultura, en las universidades –donde se crea la cultura–, junto a los jóvenes que crearán el mundo de mañana, cerca de las familias –estables o rotas– para apoyar, iluminar, fortalecer, dar una imagen paterna. La comunidad católica debe ampliar su visión y dejar de pensar que un sacerdote es quien celebra una Misa cada día, predica el domingo, y atiende un poco a los niños del Catecismo, o anima a unas señoras de Caritas, o sale de campamento de verano –recreativo o solidario–: la sociedad de los me-

66. MISAL ROMANO, "Misas por diversas necesidades", 9.

67. SAN JUAN CRISÓSTOMO (344-407), "Sobre el sacerdocio", Libro V, cap. I, en HUBER, *Los Santos Padres*, I, 539-540.

68. CENCINI, "Una pastoral vocacional en la comunidad parroquial", n. 39. Ver también SANTA-GADA, *Presbíteros para América Latina*.

dios de comunicación exige muchas otras presencias y varones y mujeres cualificados para salir al encuentro de los problemas morales, políticos, sociales y religiosos que se plantean hoy día, además de realizar muchas más actividades que las que ve un feligrés dominical, por ejemplo, la presencia junto a las familias.<sup>69</sup> Pues también los católicos han llegado a pensar que los sacerdotes son superhombres que no necesitan estudiar, descansar, afecto, amistad, salud: cosas que requieren su tiempo.

Es urgente que la comunidad católica sea ayudada a ampliar *el horizonte* del significado de un ordenado como obispo o presbítero:<sup>70</sup> hay que hacer lo imposible –por decirlo así– para que los católicos minimalistas salgan de un conocimiento infantil, pues para los niños lo único que existe es lo que ven, y entren en un conocimiento adulto mediado por la significación. Hay grupos de oración con “vocación al culto divino y al servicio de la Iglesia”;<sup>71</sup> hay gente que necesita ser escuchada, hay problemas emocionales, hay tragedias familiares, hay defraudados, hay enfermos graves, hay jóvenes confundidos y egoístas, hay fanatismo, hay violencia doméstica; habrá desocupación y desespero. ¿Cómo podemos olvidarnos de la sociedad humana cuando ella “es indispensable para la realización de la vocación humana?”<sup>72</sup> Para realizar únicamente lo que se ve, ¿necesitan los futuros sacerdotes estar ocho años en un seminario con todo servido? En cambio, la comunidad católica debe entender que algo sucede cuando no estamos a la altura intelectual de los tiempos, que ponen en duda cada afirmación de la fe; o bien cuando se omite predicar de los elementos esenciales de la fe como el juicio de Dios y las postrimerías; o bien conocer las respuestas del magisterio de la Iglesia a los temas completamente nuevos en el orden moral. La comunidad católica debe exigir que quien se prepara para ser ordenado estudie mucho más que una hora por día –como hace cualquier alumno de una universidad– e investigue haciendo nuevas y más profundas preguntas, y que no se apresure a hacer juicios antes de tener todas las respuestas, ni se aferre a respuestas de otras épocas, que ya nadie usa y que pertenecen a quienes ni siquiera so-

69. CICA, 1656: “En la familia, especie de Iglesia doméstica, los padres por su palabra y ejemplo son para sus hijos los primeros heraldos de la Fe, al servicio de la vocación propia de cada uno y especialmente de la vocación sagrada” (*Lumen Gentium*, 11, b in fine).

70. B. LONERGAN (1904-1984), “Collected Works of Bernard Lonergan, vol. 4 en F. CROWE AND R. DORAN (ed.), *Collection*, Toronto, University Press, 1967: “Dimensions of meaning”, 232-245.

71. CICA, 1121.

72. CICA, 1886.

ñaban con lo que sucede hoy. También la comunidad católica tiene la tentación de hacerse “masa” y conformarse con aclamar al Papa como *show-man* en actos inmensos, aunque muchos de los que allí están sigan su vida lejos de Cristo y de los mandamientos de Dios.<sup>73</sup> El mismo Papa ha dicho el 22 de diciembre 2008 que no está dispuesto a realizar eso: su misión es más profunda que entretener al público espectador multitudinario, que pierde su consciencia en la masificación.<sup>74</sup> Necesitamos comprender lo que significan los esfuerzos ecuménicos, la presencia en los foros internacionales, la importancia de los diálogos con los líderes de las demás religiones de la tierra, el encuentro y apoyo a quienes estudian los nuevos problemas y proponen resultados que deben ser verificados. Y si vamos a lo más cercano es preciso buscar soluciones a la educación *católica* que no transmite la fe o la transmite mal en las escuelas parroquiales y de religiosas o religiosos; es urgente preparar a las nuevas generaciones de niños, tironeados por familias divididas, abandonados por sus padres. Al mismo tiempo que queremos sacerdotes para nuestras parroquias, ante nuestros ojos los jóvenes son destrozados por el consumo del alcohol, de drogas y de lujuria. Para un ministerio en una villa de emergencia o en una pequeña parroquia no se requiere tantos años de clases, sin estudio en la gran mayoría. La comunidad católica que sabe todo lo que sucede fuera de su ámbito, comenzando por la sutil pornografía presentada en los avisos televisivos, se hace más exigente y quiere saber la preparación que tienen los futuros sacerdotes para algo más que asegurar servicios sacramentales: bastaría decir que desde hace años la Iglesia Católica en nuestro país no puede encontrar su autofinanciamiento, que en las ciudades no hay información suficiente sobre dónde encontrar un sacerdote disponible en enero y febrero, que los sacerdotes están *ocupados* en decenas de reuniones que no han provocado resultados, comenzando por la amistad entre sí. La comunidad católica *de los llamados* se siente impotente porque carece de una palabra iluminadora en los tiempos de crisis, sin necesidad de que sus ministros se conviertan en políticos. “La insuficiencia vocacional cuestiona el vigor mismo de una diócesis”.<sup>75</sup> La comu-

73. E. CANETTI, *Masa y poder*, Madrid, Alianza-Muchnik, 1983, esp. 122-161.

74. BENEDICTO XVI, “Discurso a la Curia Romana”, en *L’Osservatore Romano* (ed. cast.), 26.XII.2008, 6, 2.

75. J. M. URIARTE GOIRICELAYA, “El presbiterio ante la pastoral vocacional”, Conferencia *ad instar manuscripti*, 2008. El autor es obispo de San Sebastián (España).

nidad católica dejará de pensar “en pequeño” cuando haya laicos, religiosas y sacerdotes –obispos-presbíteros– que tomen a su cargo impulsar una nueva reflexión y persuadir a los miembros del Cuerpo de Cristo que actualmente se exige de cada católico una nueva convicción: al mismo tiempo que pedimos sacerdotes estudiosos, preparados, fuertes, orantes, amantes de Cristo y de la Iglesia, piadosos, marianos, sacrificados, obedientes, también aceptamos que esos mismos sacerdotes necesitan descanso, retiros espirituales, alimentación, distracción, higiene, convivencias, amistad, consuelo, comprensión de su debilidad humana cuando son jóvenes, aceptación de que son “necesitados” cuando son ancianos. Esta es la condición para que los *llamados* de hoy no tengan miedo a aceptar la cruz del sacerdocio o la vida consagrada, porque sabrán que la comunidad católica no los ve como *funcionarios*, sino que *los ama* cada día más, cuidándolos, protegiéndolos de las tentaciones, ayudándolos a evitar cualquier cosa que puedan hacer y los dañe o dañe a la Iglesia. “Se necesita una renovación permanente de la Iglesia en una fidelidad más grande a su vocación”.<sup>76</sup> Intentamos mirar el *vasto mundo*<sup>77</sup> porque no queremos vivir en una comunidad de *llamados*, olvidada de su *llamado*, sino asumir la responsabilidad de que hay muchas y variadas tareas, oficios, ministerios en la Iglesia de Cristo como para desentendernos de ellos. Nuestra intención es hacer salir del *clericalismo* que consiste en dejar que los *clérigos* hagan todo y que los laicos sean meros espectadores: “a todos los cristianos se impone la gloriosa tarea de trabajar para que el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado en todas partes por todos los hombres”.<sup>78</sup>

Si logramos ampliar nuestro *horizonte* y vivir como adultos en la fe, unidos íntimamente a Cristo, entonces podemos esperar que el resultado de esta toma de consciencia de la comunidad católica sean muchas *vocaciones* para todos los ámbitos en donde se requiera la presencia de un apóstol de Cristo, incluso de modo anónimo, y especialmente “con los jóvenes que constituyen la esperanza de la Iglesia”.<sup>79</sup> Además, otra consecuencia de una Iglesia vigorosa que sale de su sopor, es que muchos jóvenes se darán cuenta de la inutilidad de lo que les propone la publicidad

76. CICA, 821 a.

77. YVES CONGAR, *Vaste monde, ma paroisse*, Paris, Témoignage chrétien, 1959.

78. CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre el apostolado de los laicos *Apostolicam Actuositatem*, 3.

79. CONCILIO VATICANO II, Declaración sobre la educación católica *Gravissimum Educationis*, 2.



del consumismo y del hedonismo, y *buscarán la Verdad*. Porque la Verdad es el primer escalón para llegar al amor a Dios y permite ascender hasta llenarnos de su *Hermosura*,<sup>80</sup> así comprenderemos que la Iglesia se merece esta preocupación. Aunque para lograr que se cumpla esta intención, es imprescindible estar abiertos al *instinto* del Espíritu Santo, porque es el Espíritu quien dirige a la Iglesia. Abrirse al Espíritu significa poner todo el entusiasmo y el trabajo de nuestra parte, y dejar que Dios ponga también otro tanto de amor e impulso. Esta confianza en el Espíritu Santo nos permitirá “mantener la esperanza con la paciencia y el consuelo que dan las Escrituras”.<sup>81</sup> Esto significa que las restricciones o impedimentos para lograr estos resultados son negaciones a ser miembros útiles de la Iglesia.

“Ser miembro útil no depende de un carisma especial, sino de que cada uno esté en el Espíritu Santo y esté incorporado por la gracia a la Comunión del Espíritu Santo – al Cuerpo de Cristo. En realidad, cada uno tiene sus dones peculiares que ningún otro tiene: cada miembro es una revelación de Dios. No todos tienen los mismos carismas, para que pueda crecer el Agape. Si todos tuvieran todo, cada cual estaría satisfecho de sí mismo, y ya no habría comunidad”.<sup>82</sup>

También nosotros estamos abiertos a cada pequeña cosa que suceda en nuestra familia, especialmente con nuestros hijos; en nuestro trabajo; en la sociedad; en el mundo, y no solamente pensamos en el dinero, o el vestido, o las fiestas, sino cultivamos y cuidamos a nuestros hijos como a plantitas que necesitan amor, riego, limpieza de malezas, remoción de la tierra, poda, protección.

## 7. Hay *llamado* cuando los creyentes viven el dinamismo del amor

“Algunos cristianos han llegado a considerar su religión como un fin en sí mismo. Son capaces de ser tan dedicados a la causa cristiana que han olvidado su subordinación a la causa de la humanidad [ver Mateo 28:29]. Ahora bien, si por religión se significa una religión cerrada en sí misma, sin duda el cristianismo no debería ser

80. SAN AGUSTÍN, Soliloquio 1, 1. “Tarde te amé, oh Hermosura, siempre antigua y siempre nueva”.

81. Rm 15, 4.

82. CASEL, *Mysterium der Ekklesia*, “Conferencia sobre la primera epístola a los Corintios (1931-1932)”, 160.

«religioso», sino –como se dice– «secular». Yo mismo objetaría la identificación de la religión con una religión cerrada en sí misma... la función de la religión no es hacer al hombre centrado en sí mismo, sino elevarlo a su auto-trascendencia”.<sup>83</sup>

Ser elevado a la auto-superación o auto-trascendencia consiste en ser dominado por la realidad última.<sup>84</sup> *El dinamismo del amor es, ante todo, enamorarse de Dios*. Nos entregamos total y permanentemente a Dios, sin condición, ni reserva alguna: se trata de una entrega –no como si fuera un acto– en un estado dinámico anterior a cualquier acción futura y principio de todas las acciones. Aceptamos que esta entrega es un *llamado a la santidad*, una corriente íntima y profunda que atraviesa la conciencia individual; una nueva y creciente simplicidad y silencio en la oración. Con San Pablo estamos convencidos que ese dinamismo “es el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”.<sup>85</sup> Ese amor de Dios cambia nuestro corazón de piedra por un *corazón de carne*, es decir, que ahora podemos tener otro *horizonte*.<sup>86</sup> Luego el *corazón de carne* realiza buenas obras mediante la libertad humana sanada. El amor de Dios ha cambiado por completo nuestro modo de pensar, hablar y actuar. Ahora, por este enamoramiento, queremos vivir en la Verdad y rechazamos la mentira y la envidia, queremos luchar y realizar los grandes valores humanos, nos preocupamos por el universo, cuidamos la tierra, atendemos a nuestros sufrientes, nos sentimos hermanos unos de otros. Somos transformados por este amor divino en *personas enamoradas*, cautivadas y absorbidas por un Amor total, que supera cualquier amor de aquí; y manifestamos este amor divino en nuestra capacidad de sufrir para suprimir de la Iglesia todo desánimo, y eliminar en la sociedad los principios de la corrupción y la decadencia. Esa ha sido la intuición de los fundadores de los institutos seculares:<sup>87</sup> santificar al mundo desde dentro de las instituciones corruptas y disolutas, mediante la responsabilidad, la verdad, el bien y el amor. Hay dificultades, pero más fuerte es la gracia de Dios en un cristiano que acepta el *llamado* y se deja moldear por el amor. Aunque nosotros captamos que

83. LONERGAN, “The Response of the Jesuit”, esp. 158-159.

84. LONERGAN, *Método en Teología*, 284.

85. Rom. 5, 5.

86. Ver Mt 19, 8; Mc 3, 5; Lc 21, 34.

87. Ver el Decreto de la S. Congregación de Religiosos del 16.6.1950 aprobando el *Opus Dei*, como Instituto de vida común sin votos públicos, cap. I. *Natura et ratio instituti*.

ese regalo de estar enamorados de Dios nos produce sentimientos de paz, alegría, esperanza, plenitud y aspiraciones celestiales, así como el nacimiento de un hijo nos provoca una plenitud difícil de expresar, así como la consecución de un título nos llena de satisfacción, la ayuda que prestamos a los hambrientos nos llena el corazón, el consuelo a los afligidos nos da serenidad a nosotros mismos, la generosidad en el manejo de nuestras posesiones nos destraba el egoísmo, la obediencia a los preceptos y mandamientos se convierte en algo sabroso.

Cuando el dinamismo del amor de Dios entra en la comunidad de la Iglesia, cada uno siente, no como obligación sino como fruto del amor, la necesidad de *llamar* a los ministerios, oficios y tareas de la Iglesia hacia dentro y hacia fuera.

La comunidad de los llamados por el bautismo y la fe, cuando ha recuperado el dinamismo del amor, se hace a su vez una comunidad *que llama* a otros y así eleva y trasciende su propia misión.<sup>88</sup>

## 8. El dinamismo del amor se recupera por mediación de nuestro Señor Jesucristo<sup>89</sup>

Sin embargo el dinamismo del amor puede entibiarse y perderse, sobre todo cuando nos apartamos de Aquel que nos mantiene en ese dinamismo. La experiencia larga de la vida de la Iglesia da testimonio asimismo de esa tibieza y de esta pérdida. Es preciso, por consiguiente, recuperar ese dinamismo del Agape divino. San Pablo no se cansa de repetirlo una y otra vez: todo es dado y recibido por Dios *en Cristo Jesús*.<sup>90</sup> Así en Cristo vivimos: “ya no vivo yo, sino Cristo vive en mí”;<sup>91</sup> en Cristo aceptamos con paciencia el sufrimiento: “todo lo soporto en Cristo que me da fuerza”;<sup>92</sup> y en Cristo aprendemos a amar, no a la manera humana, sino de un modo superior: “Dios es testigo de cuanto los amo en el corazón de Jesucristo”,<sup>93</sup> es decir, que no nos ama con su corazón, sino con un corazón que ama mu-

88. Ver CENCINI, “Una pastoral vocacional en la comunidad parroquial”, n. 23.

89. 2Tim. 1, 8.

90. E. GUERRY, *Dans le Christ*, Paris, Desclée de Brouwer, 1953.

91. Gal. 2, 20.

92. Filip. 4, 13.

93. Filip. 1, 8.

chísimo más y mejor: el de Cristo.<sup>94</sup> Quien vive en la gracia de Cristo puede afirmar sin equivocarse: “Ya no te amo yo, sino Cristo te ama en mí”, a causa de aquella identificación de san Pablo que acabo de citar (Gal. 2, 20).

*Debo recuperar el dinamismo del amor de Dios.* ¿Cuál es el camino que debo seguir? Puedo vivir en esa experiencia que toca la “fina punta del alma”<sup>95</sup> y es la fuente de todas mis acciones; o puedo rechazarla y desecharla a causa del *desencanto*, porque –aún con el amor de Dios en nosotros– seguimos siendo limitados y necesitados, y está en juego el uso de nuestra libertad. Para recuperar el dinamismo del Agape divino necesito abrirme a la iniciativa de Dios, porque no soy yo quien ama primero, como bien lo dice la Escritura: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo, víctima expiatoria de nuestros pecados”.<sup>96</sup> El Padre tuvo que enviar primeramente a su Hijo Jesucristo para abrir el torrente de su Amor. Tengo que abrir mi corazón –en la medida de mi capacidad– para recibir ese dinamismo que toca todo mi ser y lo cambia. Quiero estar preparado así para ser fiel a mi propio *llamado* y al *llamado* que debo hacer a otros. Puedo gozar de la energía de sentir que ya no actúo yo solo, sino que –por ser miembro y parte de Cristo– actúa el mismo Cristo, como dice San Pablo: “¡Ustedes son el Cuerpo de Cristo – cada uno una parte!”.<sup>97</sup> Y no obro solamente para un determinado *llamado*, sino para todos los *llamados*, como sigue diciendo San Pablo a continuación:<sup>98</sup> porque lo hace Jesucristo y redundará en beneficio de su propio Cuerpo. Me considero un miembro vivo de la Iglesia y soy feliz en cada circunstancia, en “penuria y necesidad, en privación o en abundancia”.<sup>99</sup> Y esto vale mucho para el tema que estamos tratando. Por eso, nada me angustia, porque Jesucristo dentro mío me impulsará a dar los pasos adecuados para cada situación, y no permitirá que yo sea probado más de lo que soportan mis

94. “El sacerdote en la gracia es aquel que tiene cien corazones, y aún debe tener más; es preciso que tenga millones y que tenga tantos como criaturas racionales hay que viven en la tierra, porque él debe tener caridad para todos los hombres, él debe amar a Dios por todos; él solo debe amar tanto como el mundo entero, para dar a Dios la gloria que le es debida y que él está particularmente obligado a procurar en su estado”, en J. J. OLIER (1608-1657), *Traité des saintes Ordres*, Paris, Langlois, 1676.

95. J. MARITAIN, *De la Grace et de l’humanité de Jésus*, Paris, Desclée, 1967.

96. 1Jn 4, 10.

97. 1Cor. 12, 27.

98. 1Cor. 12, 28ss.

99. Filip. 4, 12.

fuerzas, y “a su tiempo nos vendrá la cosecha, si no desfallecemos”.<sup>100</sup> Aunque yo me angustie por la presente falta de *llamados*, el trabajo apostólico me parezca demasiado pesado y vea a los católicos –sacerdotes y laicos– muy indiferentes a esta penuria, como si los obispos pudieran *sacar de su manga* o hacer aparecer como por arte de magia, ministros y consagrados al estilo del mago que extrae de su bolsillo pañuelos de colores en los circos, necesito estar abierto a Jesucristo y vivir abandonando el pecado y rechazando las tentaciones –camino purgativo–; comprometiéndome más en la construcción del “edificio” de la Iglesia y la sociedad según los valores cristianos; y llegando, por fin, a la serenidad y la alegría que el *Señor Jesucristo* da a quienes se abandonan a su amor.

Es bueno recordar aquí las palabras de San Agustín que cita Dom Odo Casel:

“Tú estás afligido hoy y yo lo padezco. Mañana estará otro en aflicción y soy yo quien padece. Después de esta generación vendrán otras y más tarde otras, y también ellas estarán afligidas: soy yo quien estoy afligido. Quien está en mi Cuerpo estará afligido: hasta el fin de los tiempos yo estaré afligido.”<sup>101</sup>

La Iglesia entera ora y no cesa de orar: un solo orante en Jesucristo.

## 9. No hay cristianismo sin la Gracia de Jesucristo

San Pablo escribe a Timoteo:

“Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres... Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad. Porque hay un solo Dios, y también hay un solo *mediador* entre Dios y los hombres, Jesucristo, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos”.<sup>102</sup>

En Jesucristo, a causa de la unión especialísima de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la persona del Hijo eterno,<sup>103</sup> la naturale-

100. Gal. 6, 9.

101. SAN AGUSTIN, Comm. in Ps. 101, 3. En SCHNEIDER, *Mysterium der Ekklesia*, 148-149 y 183.

102. 1Tim. 2, 1,3-5

103. Esta unión se llama teológicamente “Unión hipostática”.

za humana recibe en Jesucristo una plenitud de amor sin medida. No es posible pensar mayor amor. El Padre da el Espíritu Santo al Hijo sin medida. Por eso, la santidad de Jesucristo es la más grande: esa santidad es la que llamamos *la Gracia de Cristo*. La vida de la Iglesia a lo largo de los siglos es un despliegue misterioso y deslumbrante de esa Gracia de Jesucristo mediador que va venciendo las fuerzas del pecado, de la muerte y del demonio, “el adversario que como un león rugiente está buscando a quien devorar”.<sup>104</sup>

*Sin la Gracia de Jesucristo no hay llamados* al Orden Sagrado o a la vida consagrada. Sabemos que la Gracia, Cristo no la posee para Él, sino para derramarla en cada momento de la historia, como dice el evangelista san Juan: “De su plenitud todos hemos recibido, gracia sobre gracia”.<sup>105</sup> Aceptamos la responsabilidad que toca a toda la comunidad *de los llamados* y nos comprometemos a orar y hacer penitencia para que seamos difusores de la gracia *del llamado*, al menos de ese llamado “general” que no podemos omitir; pues el llamado “especial” exige una prudencia y un discernimiento que Dios mostrará a su debido tiempo para que la persona responda con su libertad sana, imitando a la Purísima Virgen María, para “dar el asentimiento libre de su fe al anuncio de su vocación”.<sup>106</sup> La comunidad es *pro-vocadora* cuando vive de modo adulto, serio e intenso los dinamismos de la fe y del amor de Dios y está totalmente confiada en que la obra del Señor se hará pese a las debilidades de sus miembros. Comenzará a dar pequeños y firmes pasos para motivar con su fe, su esperanza y su caridad a quienes el Señor elegirá. La comunidad con su canto de alabanza y su respeto por la verdad, consciente de que da *honor y gloria* al Padre por mediación de Jesucristo, es un nuevo factor que hace despertar de su letargo a muchos, como hicieron en su momento San Pedro Damiano (1007-1072); Santa Brígida de Suecia (1303-1373) y Santa Catalina de Siena (1347-1380), quienes –estas últimas– denunciaron los abusos de la Iglesia de su tiempo de modo sereno y severo, a diferencia de su contemporáneo John Wiclif (1327-1384). Santa Catalina escribió al papa Urbano VI, en Avignon, hombre perturbado mental, a que volviera a la medida. Santa Teresa Benedicta de la Cruz, Edith Stein (1891-1942), famosa filósofa discípula de E. Husserl, escribió a Pío XI en 1933 sobre

104. 1Ped 5, 8.

105. Jn 1,16.

106. CICA, 490.

el holocausto judío que se avecinaba en Alemania y otras partes –Ucrania, Polonia, etc.–, y que debió padecer luego en carne propia en las cámaras de gas. A nosotros también nos toca ahora convertirnos en miembros de una *Iglesia provocadora*, es decir, *que llama* primero a Jesucristo y luego a sus hermanos y hermanas. La comunidad católica quiere transmitir el amor del cual vive, a las próximas generaciones y no se deja aturdir por una sociedad confundida, distorsionada y engendradora de indecisos. La comunidad católica está dispuesta cada día a la conversión y a la penitencia, tratando de curar a los miembros enfermos, porque cuando uno del Cuerpo peca, todo el Cuerpo se resiente y debilita. La comunidad desea ser ejemplo, modelo e imitadora de aquellos santos que siguieron a Cristo de distintos modos según las épocas. Incluso ahora hay muchos mártires, perseguidos, ascetas, místicos, evangelizadores del pueblo y de la sociedad. Si bien la comunidad de los *llamados* se siente débil y está desilusionada por la falta de firmeza, pasión interior y virilidad en su conducción, ella requiere de sí misma y exige a todos, coherencia íntima entre la experiencia, el conocimiento, el juicio, la decisión y el amor completo. Solamente así la Iglesia Católica alcanzará sus sueños, como deseaba san Pablo: “los tengo desposados con un solo Esposo para presentarlos como una casta virgen a Cristo”.<sup>107</sup> Y también afirma: “por eso les escribo, ausente, para que, presente, no tenga que obrar con severidad según el poder que me dio el Señor para edificar y no para destruir”.<sup>108</sup>

San Pablo nos invita así a comportarnos como padres viriles que *forman a su familia* y no la dejan solamente en las manos *maternales*.

OSVALDO D. SANTAGADA

30.04.09 / 10.05.09

107. 2 Cor. 11, 2.

108. 2 Cor. 13, 10.